

al obispo. Quiso que se mirase escrupulosamente por el honor de los eclesiásticos, aun en los pleitos que se siguiesen contra ellos, encargando que se despachasen estos con prontitud y con el menor estrépito posible. „Cuanto mas culpables son los sacerdotes (decia), tanto mas debe temerse hacerlos despreciables á los ojos del pueblo.” Huía de reprenderles en público, y lejos de creer que su envilecimiento pudiese dar ningun realce á su propia grandeza, parecia que la gloria y el oprobio de ellos le interesaba personalmente. Se mandó á todos los tribunales, así eclesiásticos como seculares, que decidiesen al golpe y sin causar costas los pleitos de poca importancia, y que en los de grande entidad se diese sentencia definitiva en veinte dias á mas tardar; y no se crea que se redujeron estas órdenes á unas especulaciones inútiles, porque nunca mandó Gimenez sin necesidad, y cosa mandada por Gimenez jamás dejó de egecutarse. En efecto, desde entonces mudó de semblante la iglesia de Toledo, y sirvió de egemplar á las demás diócesis de España.

Hizo tambien decretar en sínodo, que todos los feligreses se confesasen al principio de la cuaresma para disponerse á la comunión pascual, y que sin este requisito no fuesen admitidos á ella; como tambien que los párrocos enviasen al arzobispo una lista puntual de todos los que no la hubiesen recibido, y de los pecadores públicos y escandalosos. Se estableció asimismo que hubiese en todas las parroquias un registro, donde se escribiesen los nombres de los

bautizados, como tambien los de sus padres, madres, padrinos, madrinas, y aun los de algunos testigos, con el año, mes y dia en que se hubiese administrado el bautismo. Esta institucion, tan esencial por tantos títulos, era necesarísima por razon de los divorcios frecuentes y de mala fe, en un tiempo en que la afinidad contraida en la ceremonia del bautismo constituía un impedimento dirimente del matrimonio. Sin embargo, nadie habia tomado hasta entonces una providencia tan acertada, y despues de haber establecido Gimenez este método, le adoptó toda la cristiandad. Por lo demás, todas estas grandes obras, que bastarian por sí solas para honrar al obispado de mas larga duracion, fueron propiamente el primer ensayo de Gimenez, el cual las sostuvo con una constancia que fue objeto de la admiracion entre las demás qualidades sobresalientes de que estaba adornado.

41. Por este mismo tiempo adquirió en Italia una celebridad extraordinaria, aunque por diferente estilo, Gerónimo de Savonarola, religioso dominico (1). Fue su patria Ferrara, y Florencia el teatro de su gloria y de su oprobio. Gozó en ella por mucho tiempo de una veneracion universal, adquirió un crédito que no tenia egemplar en un hombre de su estado, fue reputado por un santo, por un apóstol, por un profeta, y fue el oráculo sin cuya consulta no tomaba jamás la república ninguna resolucion. Sus sermones patéticos hicieron conversiones innumerables y muy

(1) Guich. l. 3.—Comin. l. 8.—Nauclet. Chron. vol. 3. gener. 50.

43. Concurría en él la circunstancia de ser cabeza de esta casa, á la cual honraban los árabes con un respeto casi religioso. Era de alta estatura, bien formado, tenia gran talento, mucha probidad, y un valor que en nada cedía á las demás cualidades que le adornaban. Previendo Gimenez cuán ventajosa sería á la Religion y al estado la conversion de un grande tan acreditado entre los moros, quiso encargarse de ella por sí mismo, confiando en su feliz éxito por las noticias que tenia de que Zegri, hombre de gran penetracion y muy instruido, no gustaba mucho de los delirios del alcorán. Tuvieron los dos muchas conferencias, que acabaron de disipar las tinieblas del ilustre prosélito. Zegri pidió el bautismo por su propia voluntad, mostró mucha impaciencia por recibirle, y habiendo llegado el caso de administrársele tomó el nombre de Gonzalo de Córdoba, de quien era íntimo amigo desde la conquista de Granada, donde habian peleado cuerpo á cuerpo con un denuedo tan igual, que allí quedaron prendados uno de otro. Si cuando se muda de religion, es el desinterés la prueba mas segura de la sinceridad, jamás hubo cosa tan sincera como la conversion de Zegri. Gimenez le ofreció, por un efecto de su generosidad, una pension de cincuenta mil escudos sobre sus propias rentas, y no pudo conseguir de él que los admitiese, hasta que algun tiempo despues de haberle bautizado interpuso la autoridad y el nombre de su Magestad Católica, y entonces aceptó Zegri por respeto, pero con la condicion de que toda aquella suma habia de

emplearse en convertir al cristianismo las gentes de su nacion.

Este Príncipe se mostró siempre en lo sucesivo, no solo cristiano muy sincero, sino animado de un celo apostólico, y nadie trabajó mas eficazmente que él en la conversion de sus compatriotas. En todas ocasiones se gloriaba de ser cristiano, y manifestaba no tener mas que un sentimiento, que era el de haber tardado tanto en abrazar el cristianismo, diciendo que se le habia demostrado tan evidentemente la falsedad de su creencia, que no habia podido menos de abandonarla como hombre de verdad. Estando todos persuadidos de la rectitud y magnanimidad de este Príncipe, y preciándose de ser imitadores suyos cuantos moros distinguidos habia en Granada, no hubo ningun cristiano nuevo de alguna distincion que se avergonzase de su fe; ni los que perseveraron en el mahometismo, manifestaban aversion á las instrucciones cristianas. Añadiendo Gimenez á estas bellas disposiciones sus esfuerzos, su habilidad, sus liberalidades abundantes, el temor de los castigos merecidos por la rebelion, y luego la feliz sorpresa de una amnistia general, no hubo bastantes ministros para conferir el bautismo á los que le pedian, de suerte que fue necesario administrarle por aspersion, llegando á tres mil personas las que se bautizaron entonces. No dudamos que la prudencia de un hombre como Gimenez dictaria las debidas providencias para que el agua santificante cayese sobre todos y cada uno de los catecúmenos: y baste este solo egemplo,

sin repetir ahora lo que hemos dicho en una ocasion semejante, para confundir la temeridad de aquellos censores fastidiosos, que ponen el mayor cuidado en establecer una desemejanza escandalosa entre los tiempos primitivos y las últimas edades de la Iglesia.

44. Gimenez, tan digno de servir de modelo en los tiempos venideros, y que en efecto fue el primero que abrió el camino en muchas cosas á las generaciones futuras, dió pruebas en Granada de aquel talento universal que abraza todos los tiempos, y prevee todos los inconvenientes. El arzobispo de aquella diócesi, prelado de una piedad insigne, trabajaba por su parte en la conversion de los moros con todo el ardor que es capaz de inspirar á un santo obispo el amor de su propio rebaño. Gobernándose por este solo principio, y no consultando mas que la utilidad presente, quiso dar á los recién convertidos traducciones arábicas de la sagrada Escritura, del ritual, del misal, y generalmente de todos los libros eclesiásticos. Tambien estaba inclinado á hacer que rezasen el oficio divino en lengua vulgar, ó á lo menos una parte considerable de él. Gimenez, que tenia mas serenidad, y veía todos los objetos en sí mismos, prescindiendo de la preocupacion y de los intereses momentáneos, creyó que el plan del arzobispo de Granada podria traer unas consecuencias muy peligrosas. Acerca de rezar el oficio divino en lengua vulgar, dijo en dos palabras, que estaba en contra el uso de la Iglesia universal, y que una iglesia particular no podia dispensarse de él. En cuanto á la

traduccion de los libros divinos, sostuvo que disminuiria infaliblemente el respeto con que miraban los pueblos las cosas de la Religion; que de aquí resultaria una multitud de cuestiones, disputas, dudas y perplejidades que no eran capaces de satisfacer los ignorantes, y que por lo mismo no podrian menos de debilitar su fe; que entre las naciones antiguas que hablaban la lengua original de los libros santos, habian usado los padres y doctores de la Iglesia de una circunspeccion muy grande con el comun de los fieles; y que el mismo Jesucristo habia dado ejemplo de esto, pues en vez de ofrecer al pueblo, como lo egecutaba con sus Apóstoles, una idea clara de las cosas sagradas, le hablaba siempre con alegorias y parábolas. Se rindió á estas razones el arzobispo de Granada; no llegaron á hacerse las traducciones, y se conservaron religiosamente los usos de la iglesia romana.

45. Tan corto obstáculo fue este para la conversion de los granadinos, que en el discurso de algunos meses no quedó ni un solo mahometano algo visible en toda la ciudad de Granada. La misma proporcion siguió el torrente de las conversiones vulgares. Desde que aquellos pueblos recibieron la ley del vencedor, no solo se impedian entre ellos los insultos populares y las irrisiones del cristianismo, sino que se los obligaba á asistir á las instrucciones cristianas, fueron cayendo en el mayor desprecio los delirios de Mahoma, y no tenian mas apoyo que el de una costumbre ciega, sostenida únicamente por la hez del pueblo, ó